

El calendario de Beleña de Sorbe

Inés RUIZ MONTEJO

Universidad Complutense de Madrid

En la arquivolta de la puerta de Beleña se plasma uno de los calendarios agrícolas más perfecto y bello del románico español.

En esta época el cómputo anual del tiempo se representaba indistintamente a través de los signos del Zodíaco o de las labores agrícolas más representativas de los doce meses del año. Aquí, en Beleña, se opta por el calendario agrícola que se encuadra en un concepto cíclico del tiempo donde todo se renueva anualmente en un incesante devenir; sólo se romperá, según la doctrina cristiana, cuando Cristo venga, al final de los tiempos, a cumplir definitivamente su promesa de Redención. Entonces el ritmo cíclico será sustituido por la eternidad¹.

EL PROTAGONISMO CAMPESINO

El protagonista de la historia es el campesino, quizá porque, como dice Le Goff, el tiempo medieval es sustancialmente un tiempo agrícola². Todos, clérigos, guerreros y campesinos viven y dependen de la tierra. Unos en la opulencia y otros en la miseria; pero la tierra y los ciclos naturales del tiempo regulan en última instancia la vida del hombre medieval. Para los campesinos su propia vida, lo mismo que su economía, depende de la benignidad o inclemencia de los fenómenos naturales. Rigores invernales o desajustes en la sucesión climática de las estaciones pueden ocasionarle el hambre, e incluso la muerte. Posiblemente, por ello, por su especial vinculación al devenir del tiempo y a la tierra, se elija al campesino como protagonista de estos calendarios.

Anales de la Historia del Arte, n.º 4, Homenaje al Prof. Dr. D. José M.ª de Azcárate, Ed. Compl. Madrid, 1994

Además es el mejor ejemplo de acatamiento a un sistema social opresivo que sume en la desesperanza y en la miseria a un numeroso sector de la población rural. La Iglesia desea que el campesino acepte su condición como parte de un orden providencial, y encauce sus penalidades y su deseo de liberación a través de la esperanza en el más allá. Así se comprenden los mensajes de redención que suelen acompañar a estos calendarios, como sucede en Beleña: se trata de explicar de un modo concreto cuáles deben ser los contenidos de esta esperanza.

En esta arquivolta se suceden los meses de enero a diciembre siguiendo la tradición romana de comenzar el cómputo anual en las calendas de enero. Ciertamente no todos los calendarios medievales se iniciaban en el mismo mes; según qué regiones el año podía empezar en marzo o en abril, coincidiendo con las festividades litúrgicas de la Anunciación o de la Pasión, e incluso se elegía a veces el día de la Navidad como inicio del nuevo año³. Sin embargo, era más común situar el umbral del año en el mes de enero dado que la Iglesia, desde hacía mucho tiempo, había incorporado a su cómputo el Calendario Juliano que, implantado por César en el año 47 a. C., comenzaba el ciclo anual el día primero de enero en lugar del primero de marzo vigente hasta entonces, y establecía su duración en 365 días. De este modo el año finalizaba en los días siguientes a la Natividad del Señor, es decir, a fines de diciembre.

Los labores específicas de los meses suelen ser homogéneas en todos estos calendarios posiblemente porque sus fuentes literarias y las tradiciones artísticas de raíz romana hayan configurado un tipo de representación casi convencional para cada mes. Sin embargo, surgen también disparidades que manifiestan a la vez cómo los artistas, especialmente los más alejados de los estereotipos del arte oficial, reflejan, y así aparecen las variantes, ciertas diferencias en los ciclos agrícolas e incluso en los propios cultivos simplemente porque el medio geográfico en el que se inserta el calendario modifica y condiciona los tipos de producción. El calendario, pues, nunca deja de ser el reflejo de un medio rural concreto y de sus peculiares modos de vida.

LA SUCESION DE LOS MESES

En Beleña los meses aparecen encuadrados por dos figuras, un ángel y una cabeza masculina, cuyo significado resulta oscuro y ambiguo.

El ángel inicia la arquivolta, en su parte izquierda, con las alas extendidas y la mirada atenta al calendario, quizá como referencia lógica a la presencia divina en el nuevo año. La cabeza, en cambio, cierre del arco, presenta dificultades de interpretación, especialmente si se

trata de buscar, como sería razonable, un significado complementario al de la figura celestial. Es una cabeza masculina, grande, puesto que su tamaño es equivalente al de las otras escenas, con pelo ensortijado, nariz achatada y labios muy gruesos, que parece representar a un hombre negro.

Es verdad que lo oscuro, lo negro, lo tenebroso califican la esfera de Satán y podría aludirse aquí a la ambivalencia entre el bien (ángel) y el mal (rostro negruzco) en la que se encuentra sumido el tiempo y el hombre⁴. Sin embargo, la iconografía románica compendia imágenes diabólicas tan contundentes y reveladoras que cuesta admitir en esta cara, ciertamente inexpresiva, una simbología demoníaca.

Asimismo resulta difícil aceptar que ángel y negro sean el desdoblamiento ya cristianizado de la cabeza bifronte del dios Jano, divinidad custodia de la naturaleza capaz de abrir y cerrar todo cuando existe⁵. Con su rostro bifronte y como figuración de enero aparece con cierta frecuencia en los calendarios medievales, dado que dicho mes, en tiempos de Roma, quedaba bajo su amparo. Pero ni el ángel ni el negro se aproximan a la representación del Jano bifronte disociados en dos figuras: la de un joven y un viejo abriendo y cerrando el año respectivamente con el propio giro de su cabeza.

Sin embargo, es posible que la cultura popular pueda dar una respuesta a este interrogante. Una creencia generalizada en los pueblos europeos afirma que el 2 de febrero, día de la Candelaria, sale el oso de su cubil (o cualquier otro animal hibernante) con el fin de examinar el tiempo. Si está claro, es luna llena, el oso vuelve a su guarida porque el invierno aún no ha terminado. Si, por el contrario, está oscuro, luna nueva, abandona la cueva y da así la señal de que el invierno ha finalizado. Comienza la primavera.

Por ello en algunas regiones de Francia y de España, en esta misma fecha, ciertos jóvenes se visten de oso y otros se cubren de hollín, con la apariencia de la oscuridad, para reclamar el inicio de la primavera. El rito pasa también a las fiestas de Carnaval donde se desarrolla una lucha entre blancos y negros (embadurnados) con la misma intención evocadora⁶.

Es probable que en este contexto, propio de la cultura popular, llegue a entenderse la cabeza del negro de Beleña. Mientras el ángel presupone la invocación a Dios para la buena cosecha, el negro podría ser, como parte de un rito ancestral, una invocación pagana inserta en las festividades campesinas de la Candelaria y del Carnaval (téngase en cuenta que ésta es zona de sierra donde la presencia del oso es constatada habitualmente en los documentos de la época) que como aldaba de la primavera reclama fertilidad y abundancia.

Ambos, pues, ángel y negro, serían símbolos de protección, cristiano y pagano respectivamente, para el año agrícola.

EL INVIERNO

La matanza del cerdo ocupa el mes de enero en el calendario de Beleña, retrasando en cierta medida una actividad que suele desarrollarse en los primeros días de diciembre. Y así al menos lo recogen muchos calendarios. Sin embargo, la muerte del cerdo se realiza también durante el mes de enero, y no es precisamente casual que el día 17 de este mismo mes se celebre la festividad de San Antón. Es en concreto el culto que vino a cristianizar la fiesta tradicional de la matanza del cerdo donde el campesino llegaba a honrar y a adorar humorísticamente al animal como fuente esencial de las grasas que consumía a lo largo del año. San Antón, con su cerdo, sustituyó así a una festividad de carácter carnavalesco asegurando también la protección de la especie⁷.

No es extraño, pues, que la matanza del cerdo protagonice en Beleña la dovela correspondiente a enero; máxime si, como parece, bajo estos calendarios agrícolas subyace además el ciclo de las festividades litúrgicas. La representación no puede ser más rotunda: el campesino, inclinado sobre una tabla diagonal en la que se encuentra el cerdo, le clava la faca.

En febrero, recogiendo la imagen habitual de estas secuencias, el campesino sentado en un banco se calienta al fuego. Ante los rigores invernales de los páramos castellanos y la ausencia de trabajo en el campo, el rústico descansa al amor de la lumbre fuertemente abrigado con manto y caperuza. Hasta aquí todo se adapta a una escena de campo típicamente invernal; pero llega la sorpresa cuando, tras conocer las observaciones de una interesante investigación, se capta también cómo el campesino, al mismo tiempo que manos y pies, calienta al fuego sus genitales desnudos⁸.

Conviene, sin embargo, saber que este detalle no es tan insólito en un calendario agrícola como pudiera parecer. En ciertas miniaturas cortesanas del siglo xv, como indica este mismo trabajo, aparecen los campesinos ante la hoguera en idéntica actitud, precisamente ilustrando el mes de febrero. El propio Codex Calixtinus cuando describe las regiones y las gentes del Camino de Santiago para facilitar el viaje a los peregrinos menciona que «en Vizcaya o Alava, por ejemplo, los navarros mientras se calientan, se enseñan sus partes, el hombre a la mujer, y la mujer al hombre»⁹.

Se inscribe, pues, al parecer, en una práctica común de la vida campesina que no debe ser juzgada peyorativamente sino como parte inte-

grante de una sociedad que desconoce aún las más elementales formas de relación y comportamiento. Sólo cabría añadir la posibilidad de que el falo fuese aquí también una llamada a la fecundidad en armonía plena con el mes representado, febrero, donde el Santoral cristiano (Santa Brígida, San Blas, la Candelaria, Santa Agueda) vino a sustituir a un conjunto de deidades y ritos paganos cuya misión era propiciar la abundancia de las cosechas e incluso la maternidad de las mujeres¹⁰.

En marzo el campesino sale al campo con el fin de iniciar el ciclo agrícola que no verá culminado hasta el otoño siguiente. Se ha despojado del manto porque la climatología ya anuncia la proximidad de la primavera, y poda la viña para que la planta quede limpia y dispuesta ante la floración que se avecina.

LA PRIMAVERA

Abril y mayo presuponen en el calendario, como en la propia vida medieval, la exaltación de la primavera. Son meses en los que el hombre, de cualquier edad, sexo y condición social, festeja la llegada de la floración quizá como respuesta al temor, común y ancestral, de que la naturaleza no vuelva a renacer. Con la cristianización se habían solapado ritos paganos de carácter mágico que tenían como finalidad forzar la floración de los campos; pero quedaban tradiciones y costumbres, muy próximas aún a estos ritos, que seguían apelando a las fuerzas naturales instigadoras del nuevo retoñar.

Los calendarios agrícolas medievales, posiblemente para manifestar la universalidad de este regocijo, muestran en el mes de abril la actitud festiva del campesino a través de un muchacho recogiendo flores; mientras que inserta en mayo, por primera y única vez en la representación de los meses, la figura del caballero que también celebra la nueva estación en el campo, pero en actitud marcadamente dispar a la del pueblo llano: sale a practicar la cetrería y a preparar físicamente su cuerpo ante las campañas militares que se avecinan.

En Beleña se siguen fielmente estas pautas con la salvedad de que el muchacho correspondiente a abril es sustituido aquí por una muchacha con sendos ramos en las manos. El cambio, aparentemente nimio y accidental, revela, sin embargo, nuevamente ese especial sincronismo que denotan todas estas escenas con tradiciones de acusado carácter antropológico sin duda imperantes en la región.

La norma ya convencional de ubicar la escena caballeresca en mayo induce a trasladar al mes de abril las representaciones relacionadas con las «fiestas mayas» que solían celebrarse justo en el tránsito de un

mes a otro. Eran, en su origen, un conjunto de ritos agrarios de carácter mágico y religioso considerados generadores de la primavera que, a pesar del tiempo transcurrido, perviven en las zonas rurales como costumbre o hábito, e incluso creencia, y continúan recordando la trascendencia de la floración en el medio agrario y la necesidad profunda de impulsar de alguna manera a las fuerzas naturales para su logro¹¹.

Por ello se acudía siempre a un «mayo» que a través de su propia ramificación, por «magia simpática», incitara la germinación de los campos. Podía ser un árbol cortado, frondoso y alto, colocado en la plaza o en la puerta de la iglesia; o un muchacho, o muchacha de la aldea, cubiertos de ramaje, que en medio de un culto festivo recibían, uno u otros, el homenaje de los vecinos mediante cánticos y bailes. Incluso estas danzas con su misma dinámica y potencialidad pretendían estimular el crecimiento de las plantas¹².

El rito de la «maya», joven aldeana elegida por su belleza, predominaba en Castilla como representación del mes; y ésta podía ser la identidad de la joven del calendario de Beleña, con ramas en las manos y plantas a sus pies, suponiendo, como unánimemente se ha aceptado, que realmente se trate de una figura femenina¹³. De hecho su melena o su saya ajustada y ceñida por un cinturón resulta poco esclarecedora de su sexo; es más bien un peinado y una indumentaria, comunes a las distintas figuras masculinas de la arquivolta, que indistintamente usaban campesinos y campesinas de la época.

De cualquier modo, sea hombre o mujer, «mayo» o «maya», su significado es el mismo: presuponen un culto a la vegetación y en su sentido más profundo una concepción de mundo que exalta la vida misma¹⁴.

El caballero de mayo montado en cabalgadura y con un ave posada en su puño practica la cetrería. Durante los meses primaverales, cuando aún los señores holgaban antes de partir a la guerra, la caza era su afición favorita a la vez que un signo de distinción si, como aquí, el señor disponía de un ave rapaz amaestrada (halcón, azor, gavilán) que le permitiera practicar esta modalidad de caza exclusiva de señores y grandes prelados.

La representación de junio, en cambio, resulta más confusa. Suele interpretarse como la labor de la escarda en la que el campesino entresaca y arranca las malas hierbas de los sembrados; hierbas que Layna Serrano llega incluso a identificar como cardos¹⁶. Sin embargo, la escarda nunca se realiza en época tan tardía, sino en los meses de marzo o abril, cuando han cesado los hielos y la bonanza del tiempo agiliza la germinación de la siembra: el cereal es aún pequeño y es el momento adecuado para desyerbar el sembrado con el escardillo, pequeña azada de boca estrecha con que se limpia la tierra de hierbajos. Aquí en Be-

leña ni el mes ni el propio instrumento manejado por el campesino, que es una hoz, coinciden con las características propias de esta labor.

Buscando así nuevas hipótesis se perfilan dos opciones posibles. La escena podría plasmar al campesino segando el heno con la hoz, mientras se apoya, o descansa, en un pequeño árbol. Pero también podría inscribirse en la costumbre, generalizada en los campos, de recoger hierbas y flores para San Juan (24 de junio) persiguiendo efectos de carácter mágico. La festividad de San Juan Bautista, por ser en su origen una fiesta de carácter solar simultánea al solsticio de verano, hereda una serie de costumbres y tradiciones precristianas prácticamente comunes a todos los países de Europa. En este día, y especialmente en la víspera, los ritos solares y acuáticos se entremezclan, y era tal la extensión y la raigambre del culto a las aguas, consideradas mágicas y benefactoras durante la noche y la madrugada del solsticio, que posiblemente condicionó a la Iglesia cristiana para que situara aquí, precisamente en esta fecha, la conmemoración de Juan el Bautista; santo que al bautizar a Cristo queda sustancialmente religado a una liturgia, la del Bautismo, donde el agua juega un papel esencial¹⁷.

Pues bien, entre todas estas prácticas una de las más comunes era la de recoger flores e hierbas durante la noche y la madrugada del 23 al 24, por considerar que, al igual que las aguas, adquirirían en este preciso momento una serie de propiedades mágicas de aplicación muy diversa, pero siempre beneficiosa en el desarrollo de la vida cotidiana. Unas se cogían por sus propiedades terapéuticas y medicinales; otras por su capacidad de potenciar las relaciones amorosas; y otras, quizá las más, por su poder profiláctico para preservar a las gentes de los maleficios. Entre estas últimas adquiriría especial importancia el cardo silvestre en flor considerado símbolo solar en muchos pueblos europeos; por ello se arrancaba justamente en la fiesta del solsticio de verano y su carácter profiláctico radicaba en la flor que, colgada de las puertas de las casas durante todo el año, prendía entre sus espinas a todos aquellos espíritus malignos que pretendieran entrar subrepticamente en el hogar¹⁸.

La escena de Beleña parece inscribirse en este contexto ya que el campesino corta con la hoz una flor de tallo largo, presumiblemente espinosa, que podría ser la flor del cardo silvestre.

LOS MESES DE SIEGA Y VENDIMIA

En los meses siguientes el calendario refleja de un modo fidedigno los temas propios de la recolección del cereal y la vid. Este es un período crucial para el campesino puesto que ahora, tras una climatología

propicia o adversa, podrá hacer balance de la productividad de sus tierras y asegurar en mayor o menor medida la alimentación y, cómo no, la propia supervivencia de él y de los suyos.

Durante los meses de julio y agosto trabaja el cereal; primero siega la mies con la hoz, y después, sentado en un trillo de madera tirado por bueyes, realiza la parva mientras un biello descansa en su mano izquierda. Detalles anecdóticos pero reales se suceden en ambas escenas: los rigores de la canícula obligan al campesino a protegerse del sol con un gorrete; e incluso en la dovela de junio, en la parte superior derecha, hay colgado y preparado un recipiente similar a un botijo para calmar la sed.

Septiembre y octubre están dedicados al laboreo de la vid. En septiembre el campesino corta y deposita los racimos en un cesto mientras que en octubre se hace el trasiego del vino del odre al tonel.

La vid en esta época no constituía, como el cereal, un alimento de primera necesidad; pero su cultivo, venciendo dificultades de clima y altitud, fue extendiéndose por todos los terrenos y llegó a convertirse en un complemento básico de la alimentación del que difícilmente se podía prescindir a no ser que fuera sustituido, según qué regiones, por otro tipo de bebida como la cerveza o la sidra¹⁹.

HACIA EL INVIERNO

En noviembre con la arada y la siembra acaba el trabajo agrícola propiamente dicho, puesto que ya se avecinan los fríos del invierno y sólo queda esperar, una vez más, los primeros brotes de la primavera.

De nuevo el calendario de Beleña refleja minuciosamente en actitudes y aperos las notas más características de estas tareas. El campesino, que ha vuelto a recurrir al manto y a la caperuza, aún recogida y colgada al cuello, se prepara a esparcir la semilla desde una bolsa o saco sujeto en su brazo izquierdo.

Una pareja de bueyes uncida por el yugo, y dispuesta para amelgar la tierra, tira de un arado romano que aparece en reposo y con la esteva inclinada hacia la izquierda. Entre hombre y yunta, sobre una piedra, descansa la aguijada, con punta y gavilán en sus extremos, que sirve para picar a los animales y para limpiar y desbrozar el arado.

El campesino, por último, celebra en diciembre el banquete de Navidad. La mesa repleta de viandas, ante la que aparece sentado, presupone un auténtico culto a la superabundancia del yantar, a la «gran comilona», que debía contrarrestar la impresión de hambre habitual entre estas gentes dada la falta de equilibrio en su alimentación²⁰. Esta era re-

almente la única fiesta alimenticia en la vida anual del campesino; tiempo también, ante la ausencia de trabajo, de alegría, de reuniones familiares de carácter festivo, en el que se disfrutaban y saboreaban los productos cosechados. Por ello, en muchos calendarios, el banquete se traslada a enero; para que la inmolación del cerdo, plasmada en diciembre, nutra el festín que celebra el inicio del Año Nuevo.

LA HERENCIA DEL PECADO Y LA ESPERANZA REDENTORA

Los capiteles de la puerta cambian radicalmente de temática para volcarse en contenidos de carácter teológico y trascendente que recuerdan al hombre la necesidad de canalizar sus pasos de lo humano a lo divino.

En el lado izquierdo de la puerta, por ejemplo, se muestra la condición pecadora del hombre, sus causas y consecuencias, centrando el mensaje en la historia del pecado original y en las secuelas de su condición hereditaria. Y así en uno de los capiteles aparece una escena previa a la expulsión del Paraíso en la que Dios Padre, con la testa coronada, viste con túnica en este caso a la mujer, a Eva, como referencia puntual a un versículo del Génesis: «Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió» (Gen. 3,21). Adán con larga melena y barba espera su turno a un lado ocultando mientras, avergonzado, los genitales con la mano. Quizá por ello, por su premura en sentirse cubierto, tira de la túnica a Dios Padre con presumible impaciencia.

Pero la herencia es maldita; condiciona al hombre por doquier y le hace susceptible y débil a las asechanzas del demonio representadas también aquí, en el otro capitel, por dos figuras antropomorfas, aunque monstruosas y deformes, que acosan por ambos lados al hombre. Sólo una de las figuras demoníacas, la de la izquierda, conserva sus rasgos con cierta integridad: cabeza animal con cuernos y hocico protuberante, y pezuñas en lugar de pies; el personaje central, el hombre, aparece con la cara cercenada por el deterioro, y del segundo demonio únicamente se perciben los ojos desorbitados, quizá los cuernos y sus pies transformados en garras.

A pesar de su mala conservación, se aprecia cómo los dos diablos entroncan directamente con la estética de la «horrible ferocidad» que, especialmente en el mundo románico, busca la exageración de los rasgos deformes para expresar la ideal del mal y de todo lo relacionado con la existencia de Satán.

En el lado derecho, en cambio, el mensaje torna a la esperanza y ambos capiteles configuran el tema de la Resurrección de Cristo ocu-

pado uno por la visita de las tres Marías al sepulcro, con pomos de ungüentos para embalsamar al Señor (Marcos, 16,1-7), y el otro por el sepulcro mismo, semiabierto, con un ángel encima que, enarbolando la cruz de la muerte y del triunfo, señala la tumba vacía; el lienzo abandonado en el sarcófago incide aún más en la idea del Cristo redivivo. Tres soldados, al otro lado del capitel, completan la escena como alusión a la guardia que vigilaba el sepulcro y quedó atemorizada y casi muerta ante el ruido ensordecedor que hizo el ángel cuando bajó del cielo (Mateo, 28, 2-5).

De este modo la puerta de Beleña opone frente al pecado y la tentación un pasaje crucial de la vida de Cristo que, tras la muerte, abre al hombre la posibilidad y el camino de la salvación. En medio, en el arco que se curva entre las dos jambas, las faenas agrícolas deben entenderse con el mismo sentido de enseñanza y conversión: el trabajo es una vía para lograr la redención y la bienaventuranza eterna; especialmente, se debería añadir, si el hombre es de condición humilde.

Ahora bien, no se puede ni se debe olvidar al mismo tiempo la carga antropológica de las escenas de la arquivolta, reflejo todas ellas de tradiciones y costumbres de raíz ancestral que, a pesar de la cristianización, el hombre y especialmente el campesino por su vinculación a las fuerzas naturales, no ha olvidado, y que la misma Iglesia para acercarse a estas gentes y a esta sociedad, en suma para cristianizarlas, tuvo que aceptar y asimilar²¹.

NOTAS

¹ F. ROMERO ORTEGA: *Dos calendarios agrícolas: Beleña de Sorbe y Campisábalos*. Memoria de Lic. (inédita). Dep. de Arte Medieval. Fac. de G. e Historia. U. Complutense, Madrid.

² J. LE GOFF: *La civilización del Occidente Medieval*. Juventud, Barcelona, 1969, pp. 245 y ss.

³ E. MÂLE: *L'art religieux du XIII^e siècle en France*. Armand Colin, Paris, 1948, pp. 145-147.

⁴ A. HERRERA CASADO: *El calendario románico de Beleña de Sorbe*. En Traza y Baza³, Barcelona, 1974, pp. 32-33.

⁵ *Idem*: *El calendario...*, p. 33.

⁶ C. GAIGNEBET: *El carnaval. Ensayos de mitología popular*. Alta Fulla, Barcelona, 1984, pp. 13-14.

⁷ *Idem*: *El carnaval...*, pp. 41-45.

⁸ J. PEREZ CARRASCO: *Una particularidad iconográfica de un menologio románico española. La figuración priápica del mes de febrero en el calendario de Beleña de Sorbe (Guadalajara)*. CEHA, VIII, Cáceres, 1990.

⁹ M. BRAVO LOZANO: *Guía del peregrino medieval («Codez Calixtinus»)*. Trad. castellana de Centro de Estudios Camino de Santiago, Sahagún, 1989, p. 37.

¹⁰ J. L. ALONSO PONGA: *Tradiciones y costumbres de Castilla y León*. Castilla, Edic., Valladolid, 1982.

¹¹ E. CASAS GASPAS: *Ritos agrarios. Folklore campesino español*. Escelicer, Madrid, 1950, pp. 246-256.

¹² J. CARO BAROJA: *La estación del amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*. Taurus, Madrid, 1959, pp. 81-84; E. CASAS GASPAS: *ob. cit.*, p. 130.

¹³ J. R. LOPEZ DE LOS MOZOS: *Beleña. Una representación del mes de abril*. Wadal-Hayara, (IV), Guadalajara, 1977, pp. 239-243.

¹⁴ J. CARO BAROJA: *La estación del amor...: ob. cit.*, pp. 296-304.

¹⁵ M. RIU: *La vida, las costumbres y el amor en la Edad Media*. Gassó Hnos., Barcelona, 1959, p. 219.

¹⁶ F. LAYNA SERRANO: *La arquitectura románica en la provincia de Guadalajara*. Nuevas Gráficas, Madrid, 1935, pp. 117-118.

¹⁷ J. CARO BAROJA: *La estación...*, *ob. cit.*, pp. 119 y ss.

¹⁸ J. CARO BAROJA: *Ibidem*, pp. 202-228.

¹⁹ G. CHERUBINI: *El campesino y el trabajo del campo*. En: J. LE GOFF (dir.): *El hombre medieval*. Alianza Edit., Madrid, 1990, p. 130.

²⁰ M. ROUCHE: *Alta Edad Media Occidental*. En: PH. ARIES y G. DUBY: *Historia de la vida privada*. I, Taurus, Madrid, 1987, p. 434.

²¹ G. CHERUBINI: *Ob. cit.*, p. 144.



Fig. 1.—Beleña de Sorbe. Arquivolta, noviembre.



Fig. 2.—Beleña de Sorbe. Arquivolta, julio.



Fig. 3.—*Beleña de Sorbe.*
Arquívolta, enero



Fig. 4.—*Beleña de Sorbe.*
Arquívolta, abril.